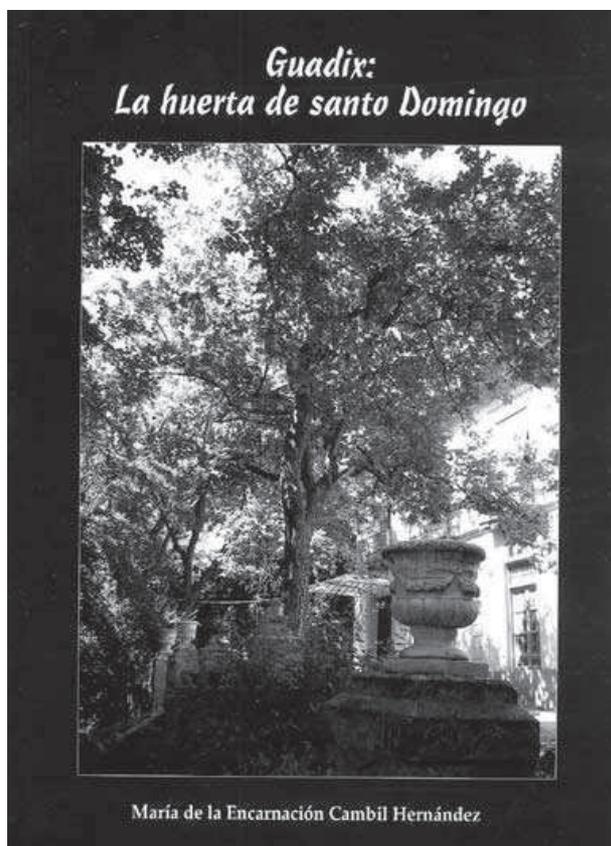


CAMBIL HERNÁNDEZ, María de la Encarnación. *Guadix: La huerta de santo Domingo.* Guadix: Comala, 2006. 171 págs.



La tardía y limitada implantación de la mentalidad burguesa entre la sociedad granadina, a finales del siglo XIX, tuvo como consecuencia directa un limitado desarrollo de sus programas constructivos y decorativos característicos. Sumergida en la indefinición estilística y dominada por las aspiraciones de identificación y distinción social, la arquitectura burguesa desplegada en Granada adoleció de una ausencia de planificación y suficiente criterio profesional, donde el clientelismo dominó siempre sobre la personalidad del arquitecto; todo ello con la salvedad de empresas tan destacables como el trazado y planificación de la Gran Vía de Colón o la antigua avenida de Alfonso XIII, hoy completamente ilegible.

Fuera de estos excepcionales proyectos urbanísticos, la introducción del eclecticismo burgués en la arquitectura granadina pretendió perpetuar los valores de prestigio y singularidad de la tradicional construcción señorial. Así, tanto en la capital como en la provincia, las viviendas unifamiliares, convenientemente adaptadas a las reglas del confort y la moda, auspiciadas por los grandes propietarios e industriales, mudaron el epicentro de la oligarquía local fuera del viejo núcleo señorial. Este traslado supuso, en la mayoría de los casos, la conquista de nuevas zonas de expansión de los antiguos centros cívicos.

El análisis de los factores que determinaron cada una de esas muestras del modo de vida burgués, y de las que han subsistido una mínima parte, ofrece una complejidad superior a la de la mayor parte de las tipologías constructivas. Por ello, el estudio de la profesora Cambil resulta especialmente clarividente a la hora de introducir al lector en el contexto socio-histórico en que se inserta la construcción de «Villa Amalia», en la accitana huerta de Santo Domingo. En efecto, la propia configuración de este bello conjunto constituye el mejor reflejo de los modos de asentamiento de la sociedad burguesa en los centros ruralizados del antiguo Reino de Granada, con todos sus valores y contradicciones. El

primer elemento, analizado por la autora en el libro, responde justamente a los inicios de la conciencia social burguesa que se introduce en España al comienzo del reinado de Isabel II, y que tiene en la desamortización eclesiástica uno de sus hitos más significativos. La enajenación de los conventos y sus propiedades agrarias determinaron el enriquecimiento económico de un sector de la sociedad y la formación de una nueva clase de propietarios, modificando de manera radical los flujos urbanos y abriendo el paso hacia la ciudad contemporánea. La fuerte implantación de las comunidades de regulares en Guadix había contribuido a su configuración física, de la misma forma que lo fue su desaparición.

Sin embargo, no sería hasta el último cuarto del Ochocientos cuando surge en la provincia de Granada un proceso de industrialización que determina la instalación de la nueva oligarquía, sobre todo al amparo de la revolución azucarera. Entre la oleada de bisoños empresarios destaca la figura de Francisco Muñoz Laserna, personalidad rescatada por la autora de este libro, y modelo acabado de emprendedor capitalista. Asentado, por vía de matrimonio, en la ciudad de Guadix impulsó iniciativas industriales como la fundación de la azucarera de San Torcuato. El desarrollismo que comienza a aflorar en la comarca con la llegada del ferrocarril trajo consigo a esta nueva clase de plutócratas, de inmediato interesada en manifestar su condición y presencia mediante la creación de estructuras de ocio como el Liceo Accitano, cuya sólida preponderancia social se mantuvo vigente durante cincuenta años. Bajo la presidencia de Muñoz Laserna se construyó la flamante sede de la sociedad en la plaza Mayor, así como la edificación del teatro, centro de la actividad cultural de la población a lo largo de un siglo. La autoridad adquirida por este carismático personaje conquistó el respeto y la amistad de las figuras más significativas de este período de entresiglos, como Pedro Antonio de Alarcón, Torcuato Tárrago Mateos, el magistral Domínguez o el obispo Fernández del Rincón.

La construcción de «Villa Amalia», entre 1880 y 1885, debe así estimarse como la presentación pública del personaje en su carrera de ascenso social; si bien no se sustrajo a una presencia física destacada mediante la construcción de otra vivienda en la calle Ancha. Asentada sobre un conjunto de dependencias accesorias del antiguo convento dominico, y ajustada a la cabecera de la capilla mayor del templo, el esquema constructivo responde a un sobrio modelo compositivo, donde lo más destacable era su articulación interior, con un sistema circulatorio habitual en este tipo de viviendas unifamiliares. La secuencia de estancias, adaptadas a funciones específicas y privativas, manifiesta su carácter mediante la decoración pictórica mural aún conservada, si bien se echa en falta una más ajustada reconstrucción de sus cometidos concretos.

Sin embargo, el mayor atractivo de la finca, y hacia la que gira todo el cuerpo edificado, reside en el jardín, de mayores pretensiones que logros concretos,

pero de una singularidad excepcional en el ámbito urbano en que se inserta. Aparte de las fallidas adaptaciones a diseños canónicos o normativos dentro de la arquitectura de jardines, el principal interés subyace en las especies botánicas implantadas, cuya pervivencia –a pesar de los avatares históricos y la negligencia conservativa– demuestra el ímpetu de la naturaleza sobre la memoria artificial. Reconstruida ésta a través del libro comentado, tan sólo resta la salvaguarda y recuperación integral del conjunto de «Villa Amalia», magnífico retrato de una época ya pasada, pero esencial en la construcción del Guadix contemporáneo.

Ana María GÓMEZ ROMÁN
Centro de Estudios «Pedro Suárez»